

flor brotada de las entrelazadas ramas de estos dos árboles de la ciencia y de la vida, colocó en la cima de este monumento la cruz, ese foco de luz que abrasa y que ilumina, esa misteriosa flor de los místicos aromas, que siendo el libro de sabiduría en que Tomás hallaba sus inspiraciones divinas y las asombrosas y sublimes intuiciones de la gracia en los celestiales transportes de sus arrobamientos y de sus éxtasis, era al mismo tiempo como la meta espiritual de su ardiente anhelo y de sus vehementes ansias, como el codiciado término de su amor.

Y así, sobre los muros de bronce de la razón y de la fé levantados contra las sutilezas de la herejía, contra el racionalismo de la filosofía griega y el panteísmo de la filosofía árabe, sobre aquella soberbia reconstrucción del palacio de la ciencia filosófica, sobre aquel templo augusto edificado á la ciencia teológica, sobre los inmutables fundamentos de la razón humana y de la razón divina, en la cumbre de ese altísimo monumento de verdad, elevó como aérea cúpula un santuario al misticismo cristiano, cuya ley suprema es el amor de Dios; y aquel misticismo que arrebató á las inconmensurables alturas del tercer cielo al apóstol de las gentes; que alentaba con sobrenaturales ánimos

á los santos y á los mártires forzándoles á prorumpir en himnos de triunfo en medio de los mas atroces suplicios; aquel misticismo que con celeste magia transformaba en mansiones de gloria las derruidas cisternas, los sepulcros abandonados, y los añosos troncos carcomidos, en que moraban los solitarios del desierto; aquel misticismo que sin abrigar las frias y desconsoladoras conclusiones de la palingenesia y los horrendos sacrilegios de la teurgia, como el falso misticismo de los ecléticos alejandrinos, desembarazaba insensiblemente al hombre de las cadenas de la materia para ceñirle las alas del espíritu; aquel misticismo que rebosaba en el corazón gigante de san Bernardo, haciéndole preferir á los tumultos de las cortes, á las disputas de las escuelas, y hasta á el estruendo de las armas de los heróicos cruzados, los «bosques de hayas» en los que libremente se entregaba á la contemplación de Dios; aquel misticismo que encendiendo el ánima del serafín de Asís en las voraces llamas del divino incendio, le obligaba á esclamar ébrio y delirante de placer «basta, Señor, basta;» aquel misticismo cuya espiritual escala para subir desde la bajeza de las criaturas hasta la alteza del Creador, nos trazó por medio de aquellas seis iluminaciones el doctor se-

ráfico san Buenaventura, el amigo de Tomás; aquel misticismo que sumió mas tarde en las inefables dulzuras de los mas ardientes deliquios al corazón amante de Teresa traspasado por la saeta del divino amor, á Fray Luis de Granada y á san Juan de la Cruz, y á toda la gloriosa série de místicos y ascéticos españoles, no menos sublimes que ante la religion ante la literatura; aquel misticismo, en fin, cuyas sublimes leyes parecen escritas por la mano de un ángel en ese código del desprendimiento humano en la «Imitación de Cristo;» recibió sancion y coronacion altísima en el profundo genio de Santo Tomás, que penetrando en el misterio de las Sagradas Escrituras, complaciéndose en los melancólicos threnos de Jeremías y en las tristes lamentaciones de Job, interpretando los Salmos de David, desentrañando desde el lecho de muerte la velada significacion del místico Cantar de los Cantares, y entonando el oficio del Santísimo Sacramento, como expansiones de su espíritu anegado en el amor de Dios, hizo de este amor como el principio, el medio y el fin de todas sus obras, cuando postrado ante aquel crucifijo á cuyos piés estudiaba, como en el venero de la verdad, y recibiendo la aprobacion de sus palabras, escitado á pedir el premio de ellas, solo

pidió, como solo digno de calmar las ansias de su espíritu, al mismo Dios.

Tal fué la obra de Santo Tomás de Aquino.

Brotó en medio de la oscuridad y fué la luz. Nombróse en medio de la anarquía de las escuelas y estableció el imperio de la verdad. Habló, y sus palabras resonaron hasta los confines de la tierra. Enseñó, y la cristiandad se hizo su discípulo. Escribió, y las generaciones meditan y comentan hace seiscientos años sus escritos. Su nombre es como el sol, centro de un sistema; los mas poderosos astros de la ciencia proyectaron órbitas mas ó menos grandes, pero siempre giraron en torno de él, siempre gravitaron hácia Tomás, so pena de perderse en el vacío y precipitarse en los abismos con espantosa caída y triste ruina.

Pero llegó un dia en que las nubes de la soberbia se amontonaron densas sobre la tierra. Velóse el sol de la filosofía, y la razon ciega equivocó la luz radiante del rey de los astros con un fuego fátuo errante en el espacio, y se hizo cartesiana.

A los fosfóricos destellos de esta luz opaca vagó desorientada la razon humana por el desierto del error, siendo cada paso un tropiezo, y cada tropiezo una caída, hasta dar desfallecida y trastornada en la sima de

la negacion de su propio origen y grandeza. ¡Triste arribo para tan soberbia partida, tras de tan penosa jornada!

El método, la idea de sustancia, la teoría de las esencias, la del supuesto humano, la ideología, todo en Descartes inició la catástrofe filosófica, tras de la filosófica la social que se llevó á cabo. El método, erigiendo en ley la duda lógica y ontológica, engendró los escépticos y los idealistas; Hume y Berkeley hallaron en él la razon de sus negaciones. La idea de sustancia abrió ancha puerta al panteísmo, siempre alerta; Espinosa se le confiesa agradecido. La teoría de las esencias negando su inmutabilidad eterna, destruyó el fundamento de la moral; Hobbes y Bentham encontraron en ella las premisas de su utilitarismo práctico y teórico. La destruccion del supuesto humano sembró el gérmen del sensualismo vergonzoso y del materialismo degradante y de los falsos espiritua-
lismos; Loke, Condillac, Reid y Hamilton, mutilarán al hombre, y Mallebranche y Leibnitz motivarán en ella sus errores ocasionalistas y armónicos. La ideología, al cabo suma, compendio y síntesis de estos errores, justificará desde el idealismo transcendental, hasta el positivismo materialista, Kant y Hegel, como

Comte y Littré, no necesitan mas premisas para deducir, con una lógica que no sea cartesiana, sus desconsoladoras consecuencias.

El árbol ha dado sus frutos, frutos de muerte y de maldicion sin duda. Rotos los procedimientos de la razon y los moldes de la verdad, conculcadas sus primarias leyes y socavados sus fundamentales cimientos, destrozados los diques del sofisma, la corriente racionalista arrolló ya aquellos incompletos y vacilantes espiritualismos que pretendieron detener su curso, y desbordándose por los campos de todas las ciencias, arrastrándolas con sus aguas, á todas las precipitó en el profundo mar de la negacion metafísica, que es á la vez la negacion social, como, por desgracia, bien al presente vemos.

¿Qué hacer en semejante situacion? ¿á quién volver los ojos en tan tristes y criticos momentos? En vano cerrando por un instante el libro de la historia, buscamos con avidez el nuevo Sócrates que confunda á los modernos Gorgias. Sócrates no parece, y Descartes no sirve, y Büchner, Moleschot, Vog, Mill y Taine imperan en la ciencia, y si las grandes construcciones lógicas, si los grandes organismos científicos dejan sus formas abstractas mas allá del Rhin, en la opuesta ori-

lla encuentran el genio de la propaganda que los lamina, los dora, los reparte en estudios políticos, artísticos, literarios, científicos y sociales, envenenando así todos los miembros de este cuerpo agonizante que se llama civilización moderna, y preparando el imperio político de Cluseret, Pyat, Karl-Marx y demás compañeros, no mártires, sino verdugos, engendros de esa filosofía, criados á los pechos de esa literatura é idealizados por ese arte, que toman sus principios, su inspiración y su númen, allá, entre las brumas del «yo» de Fichte, de la «idea» de Hegel y de la «fuerza» de Büchner, y que, sin duda, nos preparan el desenlace de este complicado drama, merced á algun golpe de efecto en que los problemas filosóficos, políticos y sociales, se aclaren y se fundan á la roja claridad y al sofocante calor del incendio; y como hemos esterminado los antiguos monges, y derruido los antiguos monasterios, no sabemos dónde, pasado el diluvio, encontrarán nuestros hijos las reliquias, si es que reliquias quedan de una civilización que no tuvo necesidad de que los bárbaros bajaran de las selvas y de los hielos del Norte para destruirla, porque ella puso todo su empeño y su cuidado en amamantarlos, en formarlos y en desarrollarlos en su propio seno.

No hay remedio, retroceder cuando el camino por que se marcha no conduce adelante, no es retroceder, es avanzar, y puesto que conocemos el punto en que nos estraviamos, volvamos á él para emprender la buena via con ánimo sereno y decidido. Que los escarmientos presentes nos sirvan de enseñanzas para lo venidero y no nos sobrecoja la tardanza, que ya con gran verdad dijo el Poeta,

«Que aquel que viene la via derecha,
non viene tarde, por tarde que venga.»

Pero ya estamos oyendo esclamar: ¿Qué se pretende? ¿Qué se intenta? ¿Anular de un golpe todo el movimiento filosófico moderno? ¿Morir cartesianos para resucitar en plena escolástica? ¿Renovar las cavilaciones, distingos, sutilezas y cuestiones inútiles de los ergotistas? ¿Condenar toda esa asombrosa serie de descubrimientos que honran nuestro siglo? ¿Retroceder á los vergonzosos tiempos del «*Trivium*» y del «*Quadrivium*,» de la «alquimia» y de la «astrología judiciaria?» ¿Restaurar el «*ipse dixit*» pitagórico y «*jurare in verba magistri*,» restableciendo la dictadura de Aristóteles? Y quién sabe cuántas cosas mas dirán los que teniendo

el entendimiento por lujo y la meditacion por flaqueza encargan el cuidado de discurrir á la imaginacion y el de argüir á la memoria. Imaginacion y memoria acaloradas y enriquecidas con descripciones de novela y declamaciones de enciclopedia, no deslustradas por el polvo de los vetustos pergaminos, ni enflaquecidas por el trabajo en las vigiliass.

Empero, amigos de la verdad, hemos de contestar á los que tales esclamaciones hicieren, de antemano y no seguramente con cavilaciones y sutilezas, sino con afirmaciones categóricas.

No pretendemos anular el movimiento filosófico moderno, porque no es de filósofos pretender imposibles. Porque el movimiento filosófico moderno, aunque vicioso en su origen, y funesto en sus resultados principales, ha sido causa, ocasional las mas veces, eficiente algunas, de particulares progresos en las ciencias. No pretendemos anular, sino modificar y corregir el movimiento filosófico moderno.

No pretendemos resucitar en plena escolástica, porque no pretendemos morir, y no pretendemos renovar las sutilezas, cavilaciones y cuestiones inútiles á que en sus épocas de decadencia se entregó la escolástica, por mas que sí pretendamos que no eran tan

inútiles muchas de esas cuestiones cuya utilidad é importancia ha puesto de relieve la filosofía contemporánea, y que no eran sutilezas y cavilaciones, muchas de las que una crítica superficial cuando menos, ha condenado como tales.

No pretendemos condenar los grandes descubrimientos que honran este siglo, entre otras razones, porque no los creemos debidos al origen vicioso del movimiento filosófico moderno, y además, y téngase presente, porque vemos en ellos otras tantas confirmaciones de nuestros principios fundamentales.

Y no pretendemos retroceder á los tiempos del «*Trivium*» y del «*Quadrivium*,» de la «alquimia» y de la «astrologia judiciaria,» porque afortunadamente el fuego de la novísima barbarie que ha consumido bibliotecas y museos, no ha destruido todavía la ciencia que la civilizacion cristiana levantó sobre los principios filosóficos, y sobre los hechos que aquellos filósofos, astrólogos y alquimistas observaron en sus respectivas tareas y ocupaciones, forzándonos á que perdida toda regla y todo conocimiento, busquemos en los trabajos quiméricos de la ignorancia, los primeros materiales con que construir los cimientos de un nuevo templo del saber.

En cuanto á la dictadura de Aristóteles, que ni embarazó el libre vuelo de Santo Tomás, ni puso coto á los arranques de independencia de Melchor Cano, ni enfrenó la insurreccion de Campanella; inútil además de pernicioso sería restaurarla. Aristóteles hoy al lado de Kant, Hegel y Krause, solo sería un dictador mas y no vale la pena de resucitarle.

Por lo demás, sino pretendemos restaurar la escolástica completa, sino la escolástica libre de los errores peripatéticos, arábigos y escolares, la escolástica de Santo Tomás, ampliándola con los legítimos desarrollos que nuevos descubrimientos, poderosas análisis y mas exactas observaciones, hacen posibles hoy en dia ¿qué tienen que alegar los declamadores de oficio contra la escolástica?

Las aberraciones filosóficas posteriores han hecho la apología de su método y de sus conclusiones, estableciendo el absurdo apenas se apartaron de ella. Las ciencias sacras decayeron en cuanto rechazaron su apoyo. Las exactas y naturales perdieron, las unas su evidencia, las otras su carácter científico con los principios que consagraba la escolástica, y se redujeron á vanas confirmaciones del proceso lógico de la «idea,» y á hipótesis y á agrupaciones empíricas de hechos con-

tingentes. ¿Qué se hizo de la evidencia de la demostracion matemática, ante los tres momentos de la dialéctica hegeliana? Los que olvidándose de Rogerio Bacon, Gerberto, Vicente de Beauvais y Alberto Magno, clamaban contra la fisica escolástica, porque establecia nociones especulativas superiores, de antemano, ¿qué dicen ahora ante la filosofía de la naturaleza de Schelling, las leyes del espíritu objetivadas de Hegel, y los juicios sintéticos *à priori*? Los que acusaban á la escolástica de anular la razon, haciendo de la filosofía la sierva de la teología, porque asentaba la grandeza de la razon humana en su dependencia, y participacion de la razon divina, ¿por qué callan ahora ante la impotencia vergonzosa de la razon pura proclamada por Kant, el «santon» del racionalismo contemporáneo? Inútil preguntar, absorbidos en la contemplacion de las ininteligibles elucubraciones de Krause, solo apartan la vista de aquellos geroglíficos del pensamiento, para acusar en jerga bárbara á la escolástica de oscura, y de falta de elegancia á su lenguaje.

Ante esta pasiva resistencia, ante el anacronismo de llamar cuestiones inútiles á las que, si como la de los «universales,» pudieron parecerlo en épocas anteriores, hoy ante el transcendentalismo y la filosofía de lo

absoluto, son cuestiones vitales por su importancia y transcendencia. Ante las calificaciones de abstracta, de estéril y de bárbara gratuitamente afirmadas, aunque onerosamente refutadas, es inútil la demostración especulativa, hacen precisa la demostración tangible y práctica.

Cuenta la tradición, que presentándose de improviso en el jardín de Academo el célebre Diógenes, dijo dirigiéndose á Platon: « Niego el movimiento, » y conociendo sin duda el sábio lo inútil de la demostración racional ante el Cínico, levantándose, echóse á andar, respondiendo: « Creo á mis ojos y no á tus palabras. » Imitemos, pues, á Platon, azotemos con los hechos el rostro de los sofistas erguidos ante las razones, y demostremos á las generaciones contemporáneas, no solo que la filosofía escolástica puede informar « Estudios religiosos, científicos y sociales, » no solo que no seca las fuentes de la imaginación y del sentimiento, sino que solo informadas estas ciencias por los salvadores principios de la filosofía Tomista, conducen á la humanidad segura y prontamente á la verdad por entre los escollos y las sirtes del error que por todas partes la rodean, que solo en el manantial purísimo de la verdad se beben las poéticas inspiracio-

nes de la belleza, y que el filósofo que tras larga y fatigosa jornada á través de cuestiones árduas y espinosas, de problemas vastos y profundos, auxiliado de la meditación y del estudio á que tan apaciblemente convidan la paz del santuario, la soledad del claustro y el retiro de la celda, llega en alas de la razón fortificada por la oración y confortada por la gracia, á sobreponer la elevada cumbre de aquella sublime ciencia, desde la que se descubren las causas de las cosas, si puede con serena y penetrante mirada registrar los senos de la naturaleza, escudriñar las interioridades del hombre é indagar la esencia misma de Dios, llegando con los ojos de su inteligencia hasta las gradas de su trono; puede, con menor esfuerzo, recorrer el horizonte de la historia, estudiar la ley fundamental de la marcha de la humanidad sobre la tierra, señalar las reglas propias de su diverso desarrollo en relación con la riqueza, averiguar los poderosos cuanto secretos resortes de la maravillosa máquina de los orbes, y entonar, por último, cánticos sublimes de alabanza á Dios, creador del universo, y hendir los aires con himnos ardientes de gratitud al mismo Dios, que encendió en el entendimiento del hombre esa centella divina que brilla con llama de inextinguible fulgor en la frente del genio.